

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



Año 1
Número 1

JULIO—DICIEMBRE 2024



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Santos Guzmán López
RECTOR

Juan Paura García
SECRETARIO GENERAL

Jaime Arturo Castillo Elizondo
SECRETARIO ACADÉMICO

José Javier Villarreal
SECRETARIO DE EXTENSIÓN Y CULTURA

Víctor Barrera Enderle
DIRECTOR DE LA CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Lizbet García Rodríguez
Roberto Kaput González Santos
EDITORES RESPONSABLES

Deni Ríos
José Vela
DISEÑO EDITORIAL

Rodrigo Alvarado
Nancy Cárdenas
Alfredo Iván Mata
CORRECCIÓN

Ángel H. Candelaria
Lázaro Izael
Nancy Elizabeth Lucio López
María Fernanda Ramos
Carlos Rutilo
Reyna Alejandra Vera Colunga
Verónica Zúñiga
EQUIPO EDITORIAL

En portada:

Composición a partir de la fotografía de Alfonso Reyes con su perro Alí (Buenos Aires, 1927), extraída de *Alfonso Reyes. Iconografía*, México, FCE/El Colegio Nacional/El Colegio de México, 1989.

Interfolia, año 1, no. 1, julio-diciembre 2024, es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través de la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, calle Pedro de Alba s/n, Ciudad Universitaria, San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México, C. P. 66451, teléfono 81 8329 4015, www.capillaalfonsina.uanl.mx, revista.calfonsina@uanl.mx. Editores responsables: Lizbet García Rodríguez y Roberto Kaput González Santos. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2023-121911450000-102, **ISSN: EN TRÁMITE**, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este Número, Unidad de Informática INDAUTOR, Ing. Juan José Pérez Chávez, calle Puebla, 143, Col. Roma, Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06700.

Prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de los editores.



Ilustración de José Luis Arriaga para la portada del libro *Hágalo usted misma* (Monterrey, An.alfa.beta, 2023), de Atenea Cruz.

Las madres inquietantes: Amparo Dávila y Atenea Cruz. Una (re)lectura desde el (neo) gótico latinoamericano

Verónica Zúñiga

*Vendrá la muerte y tendrá tus ojos
—esta muerte que nos acompaña
de la mañana a la noche, insomne,
sorda, como un viejo remordimiento
o un vicio absurdo. Tus ojos
serán una palabra hueca,
un grito ahogado, un silencio.*

Cesare Pavese

40

I. El neogótico latinoamericano o la cruda realidad de las mujeres en una región

El horror se ha manifestado desde tiempos inmemorables y la humanidad ha hecho registro de ello. Este horror surge ante lo desconocido; pero qué pasa cuando el miedo viene desde lo familiar. El neogótico latinoamericano se ha convertido en un género donde se retrata un nuevo temor: ya no hay que cuidarse de los vampiros ni de los fantasmas, ahora hay que protegerse de los asesinos, o, como lo han manifestado las escritoras latinoamericanas, ahora las mujeres tenemos que cuidarnos de la violencia que nos atraviesa.

En su artículo “Estudio introductorio. Horror y escritura en voces femeninas de Latinoamérica” publicado en el libro *Neogótico latinoamericano en la literatura escrita por mujeres. Estudios críticos de obras representativas del siglo XXI* (2023), Berenice Romano Hurtado expresa cómo el miedo ha cambiado, ahora el lector no le tiene pavor a lo desconocido, sino a lo real porque puede sucederle en cualquier momento. Para la investigadora, el neogótico latinoamericano se puede definir como:

La recuperación de una forma estética que, a partir de figuras, espacios y objetos de sus distintos contextos, explora los horrores que producen los variados miedos de las diversas comunidades latinoamericanas, con el fin de dar una lectura crítica de su sociedad. Un modo que se manifiesta en lo fantástico con las inevitables variantes de lectores y épocas.¹

Es en este género literario donde muchas escritoras han encontrado un espacio para explorar no sólo nuevas formas de narrar, sino problemáticas relacionadas con las mujeres de la región. Algunas de las representantes más conocidas son Mariana Enríquez, Mónica Ojeda y María Fernanda Ampuero.

Uno de los problemas que trata este género es la dificultad de distinguir estrategias textuales específicas o proponer una denominación de alguna de ellas, ya que cada escritora juega con la idea del horror y por tal razón aparecen variantes como el gótico andino, de Ampuero, o inclusive el uso de otros subgéneros, como el fantástico o las distopías. Pero algo en lo que varios investigadores coinciden sobre las novelas del neogótico es cómo los personajes femeninos juegan un papel circunstancial:

La mujer se caracteriza lasciva, incluso vinculada con lo demoníaco. Toda una perspectiva misógina que, como es de esperarse, desaparece en las nuevas narrativas en las que además se refiguran ciertos estereotipos en favor de modelos femeninos más interesantes.²

En estas narrativas los personajes femeninos transgreden los arquetipos típicos de ellas en la literatura, y esto ocurre a manera de protesta, ya que el cuerpo, la violencia y su relación con lo social adquieren importancia. El término es de reciente creación, y tiene una estrecha relación con el gótico y sus características propias, como las atmósferas oscuras, la angustia y la locura. Algunas escritoras que son señaladas como precursoras y su obra, o sólo algunas de sus novelas, es considerada neogótica son Guadalupe Dueñas, Elena Garro y María Luisa Bombal, por supuesto todas con singularidades.³

En este ensayo propongo a Amparo Dávila dentro de esta categoría para realizar un estudio comparativo con Atenea Cruz, autora mexicana actual, a partir del concepto de neogótico latinoamericano. El eje central es la maternidad, tema que ambas autoras deconstruyen en sus cuentos y de lo cual resultan personajes femeninos inquietantes que temen ser madres, además de que algo desconocido parece alcanzarlas poco a poco.

Este acercamiento permite una relectura de la obra de Dávila para reconocer en ella ciertos rasgos que permiten ubicarla como precursora de este género en nuestro país, además de observar cómo su influencia sigue presente en las narrativas actuales, ya que como señalan Regina Cardoso Nelky y Laura Cázares en la introducción del libro *Amparo Dávila. Bordar el abismo* (2009), esta autora no escribe fantasías:

Escribe lo que ha vivido, aunque sean experiencias imposibles de explicar dentro de los parámetros de lo que se conoce como “realidad”. En algunos casos, la experiencia narrada se sale de las

1 Berenice Romano Hurtado, “Estudio introductorio. Horror y escritura en voces femeninas de Latinoamérica”, en Berenice Romano Hurtado (coord.), *Neogótico latinoamericano en la literatura escrita por mujeres. Estudios críticos de obras representativas del siglo XXI*, México, Editora Nómada, 2023, p. 22. <https://doi.org/10.47377/neogoticolat-intro>

2 *Ibid.*, p. 13.

3 *Loc. cit.*

normas y reglas de la naturaleza, por lo que se podrían considerar como relatos maravillosos, surrealistas o góticos.⁴

La realidad es que lo siniestro siempre ha acompañado a las escritoras. Amparo Dávila y Atenea Cruz en sus textos desmitifican la figura de la madre como ser abnegado y la muestran como un personaje oscuro y cuyas acciones se vuelven cada vez más tenebrosas.

II. La maternidad grotesca: “El último verano” y “Después del fuego”

La maternidad ha sido un tema central para las escritoras mexicanas. Algunas de ellas como, Jazmina Barrera en *Línea Negra* (2020), utilizan el ensayo para relatar desde lo íntimo la historia de su embarazo, las ideas sobre la crianza y las dificultades que enfrentan en esta nueva etapa, pero sobre todo el cariño que envuelve esta transformación.

Por el contrario, hay autoras que han planteado la idea de ser madres como algo que provoca sentimientos de angustia relacionados con el dolor físico y emocional, el cuerpo y la incapacidad de asumir su nuevo rol en la sociedad. La maternidad no deseada desencadena los hechos de “El último verano” de Amparo Dávila y “Después del fuego” de Atenea Cruz, donde ambas protagonistas entran en conflicto ante esta situación y poco a poco van cayendo en un abismo sin retorno.

“El último verano” es parte de la antología de cuentos *Árboles petrificados* (1977), de Dávila. La protagonista es una mujer sin nombre, madre de seis hijos, quien cansada de su vida descubre que será madre de nuevo, lo cual le provoca tristeza. Por otro lado, en el cuento de Cruz también hay una protagonista sin nombre, una mujer que decide tener su primer hijo por temor a perder el amor de su esposo. Más que una decisión personal, la maternidad para ella es sólo un acto de complacencia para los demás.

Francisca Noguero Jiménez afirma que dentro de la literatura es posible abordar la otra concepción sobre el rol de madre, aquel que no es bello y que por el contrario provoca terror a las mujeres. Exponiendo la maternidad como algo grotesco, al respecto menciona que en algunas escritoras:

Destaca la asunción del grotesco como categoría idónea tanto para denunciar el sentimiento de ajenidad que provoca el parto, como para revelar la alineación de que es objeto la mujer al asumir un ejercicio normativizado por otros, del que escapa practicando una violencia que degenera a veces en su propia locura.⁵

Así, desde el concepto propuesto, las protagonistas de ambas historias atraviesan por un camino desconocido al entrar en el proceso del embarazo que se representa en distintos momentos; un primer

⁴ Regina Cardoso Nelky y Laura Cázares, *Amparo Dávila. Bordar el abismo*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009, p. 13.

⁵ Francisca Noguero Jiménez, “Sacadas de quicio: Maternidad y literatura en escritoras latinoamericanas contemporáneas”, en *Review. Literature and Arts of the Americas*, 86, (46.1), 2013, p. 1. <http://hdl.handle.net/10366/136910>

interfolia



Ilustración de Santiago Caruso para el libro *El huésped* y otros relatos siniestros (México, FCE, 2018), de Amparo Dávila.

rasgo es el anhelo por la vida pasada. En el cuento de Dávila, la protagonista comienza el relato recordando su juventud. Toda ella era alegría, paz y belleza, pero cambió cuando contrajo matrimonio, y ya no le quedan memorias:

Llevaba un vestido de gasa con volantes en el cuello y en las mangas; el pelo castaño oscuro, recogido hacia atrás con un moño de terciopelo negro, dejaba despejado un rostro joven de armoniosas facciones en el cual resaltaban los ojos sombreados por largas pestañas. No sólo irradiaba juventud y frescura aquella muchacha, sino una gran paz y felicidad. Pero aquella muchacha hermosa, porque en verdad lo era, y tan bien arreglada y respirando tranquilidad por todos los poros, estaba dentro de un marco, colocado sobre el tocador, cerca del espejo. Así era a los dieciocho años, antes de casarse.⁶

Ahora en su papel de mujer de familia, la protagonista no sólo pierde su belleza, sino que su tranquilidad se ve interrumpida por la llegada de los hijos. Por otro lado, en el cuento de Cruz también nos describe su vida antes de ser madre, donde hay añoranza por su antigua vida sexual y los sus encuentros con múltiples amantes que satisfacían sus deseos:

Antes de conocer a Sergio su vida sexual había sido variada y succulenta, durante la universidad tuvo muchas parejas. Disfrutaba en especial los encuentros casuales: la emoción del coqueteo, la revelación mutua de los cuerpos, la delicia de indagar la fuente de placer ajeno. La mayoría de los hombres que conoció fueron amantes avezados y generosos.⁷

44

A partir de la memoria, los lectores somos testigos de la metamorfosis mujer-madre por la que atraviesan las protagonistas y cómo su nuevo rol en la sociedad les causa terror. En su artículo “El conflicto de las relaciones madre-hija en *Mandíbula* de Mónica Ojeda: Una lectura desde el psicoanálisis y el neogótico latinoamericano” (2023), Natali González Fernández señala que muchas veces lo perverso y lo monstruoso se encuentran en el núcleo familiar.⁸

Con respecto a la idea anterior, González Fernández señala cómo en los relatos de las escritoras contemporáneas la figura de la madre se vuelve crucial, ya no como una figura de protección, sino como un ser que puede ser capaz de devorar a sus hijos. Cabe agregar que la figura del padre actúa como un mediador entre madres e hijos; pero en el neogótico latinoamericano está ausente, no tiene una participación en la narrativa.

En ambos cuentos encontramos a dos figuras paternas lejanas, quienes expresan su felicidad ante la noticia del embarazo, pero desconocen que, a diferencia de ellos, sus parejas temen la experiencia de la maternidad. En el texto de Dávila, Pepe (el padre) se describe como un hombre mediocre sin aspiraciones, e incluso cuando recibe la noticia del embarazo no parece preocuparse por cómo cambiará la dinámica familiar y por los problemas económicos que se avecinan:

⁶ Amparo Dávila, *Cuentos reunidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2024, p. 205.

⁷ Atenea Cruz, *Hágalo usted misma*, Monterrey, Editorial An.alfa.beta, 2023, p. 83.

⁸ Natali González Fernández, “El conflicto de las relaciones madre-hija en *Mandíbula* de Mónica Ojeda: Una lectura desde el psicoanálisis y el neogótico latinoamericano”, en Berenice Romano Hurtado, *op. cit.*

Esa noche le dio la noticia. Los niños ya se habían acostado y ellos estaban en la estancia viendo la televisión como todos los días después de cenar. Pepe le pasó un brazo sobre los hombros y le rozó la mejilla con un beso. “Cada hijo trae su comida y su vestido, no te preocupes, saldremos adelante como hemos salido siempre.” Y ella se quedó mirando aquella pantalla de televisión donde algo se movía sin sentido.⁹

Por el contrario, en el texto de Cruz encontramos la figura del padre en Sergio, un hombre que es descrito por la protagonista como alguien excepcional. Ella no entiende por qué su esposo la eligió, pero sabe que hará todo lo necesario para que se quede a su lado. En este caso la ausencia de Sergio es considerable debido al trabajo, pues se presenta a partir de recuerdos o sólo a través de menciones.

En el caso de Sergio, es circunstancial cómo manifiesta su interés por ser padre en voz alta, mientras que la protagonista tiene que reprimir sus verdaderos deseos, mantener en silencio que realmente no quiere ser madre por temor a ser juzgada, a perder a su marido, a no encajar en la sociedad. Espera que esos deseos cambien conforme sienta a su hijo crecer dentro de ella, pero en el siguiente fragmento se demuestra que sucede todo lo contrario:

Algunas mujeres anhelan ser madres; ella no. Lo hizo por complacer a Sergio, a quien en pleno clímax le daba por pedirle que tuvieran un hijo. Una parafilia algo rara, pero tratándose de él no podía negarse a nada. Así que se embarazó. “En el camino me haré a la idea”, se decía frente al espejo, al contemplar su vientre abultado. Inventó su propio mantra: “Cuando nazca el bebé voy a quererlo mucho”. A pesar de sus esfuerzos, durante el embarazo no logró sentir más que aprensión, lo que favoreció su tendencia al estreñimiento y le salieron hemorroides.¹⁰

Retomando ese asunto de las hemorroides, hay que señalar que un eje importante de esta maternidad grotesca es el cuerpo. Noguero Jiméñez (2013) señala una angustia por los cambios físicos y emocionales. En ambas protagonistas la corporalidad que se presenta es la de mujeres cansadas, con rostros que poco a poco van perdiendo la vitalidad. En “El último verano”, la protagonista experimenta un dolor por no ser tan bonita ya, como en su juventud:

Había salido muy bien, sí, realmente, y experimentó un inmenso dolor al comparar a la joven de la fotografía con la imagen que se reflejaba en el espejo, su propia imagen: la de una mujer madura, gruesa, con un rostro fatigado, marchito, donde empezaban a notarse las arrugas y el poco cuidado o más bien el descuido de toda su persona: el pelo opaco, canoso, calza con zapatos de tacón bajo y un vestido gastado y pasado de moda.¹¹

9 Amparo Dávila, *op. cit.*, p. 207.

10 Atenea Cruz, *op. cit.*, 83.

11 Amparo Dávila, *op. cit.*, p. 205.

De manera similar, en el cuento de Cruz, la protagonista siente el dolor y la tristeza de ya no tener su antiguo cuerpo, lo que cambia la opinión de sí misma al verse como un ser horrible y extraño, además de ver al bebé no cómo su hijo, sino como un intruso que se ha apoderado de su cuerpo:

Ser madre no era lo suyo, hasta la ciencia estaba de acuerdo. Sin embargo, ahí estaba, hinchada, gigantesca, a punto de dar a luz. Odiaba el adefesio que era. Pensaba en Sergio para convencerse de que valía la pena tolerar aquella ocupación involuntaria de su cuerpo, ese dejar de pertenecerse a sí misma. Soñaba a menudo con su abuela, quien tuvo catorce hijos: eternamente embarazada.¹²

No obstante, el destino de los hijos de las protagonistas es diferente, con finales contrarios pero que parecen unidos por un elemento: la locura. En el cuento de Amparo Dávila, la protagonista no tiene a su hijo, el aborto involuntario provoca en ella una profunda tristeza y al mismo tiempo un gran alivio, lo cual le provoca un sentimiento de culpa.

En cambio, en el cuento de Cruz, la madre tiene a su bebé, pero esto le provoca una tristeza porque no siente amor por el niño, lo que también causa un sentimiento de culpa. Romano Hurtado explica de qué manera la locura funciona como un medio para que el lector pueda reconocer la situación como algo que puede pasarle en su realidad.¹³

Así, en ambos cuentos, este sentimiento de culpa hace caer a las protagonistas en un abismo de locura, y experimentan situaciones que parecen fuera de la realidad. En el cuento de Dávila, la protagonista le pide a su esposo Pepe que entierre los coágulos en el jardín, pero en algún momento, al estar sola, algo extraño se acerca a ella, no se sabe qué es, sólo que está en peligro, por lo que antes de que eso la lastime, decide prenderse fuego:

Con manos temblorosas desatornilló el depósito de petróleo y se lo fue vertiendo desde la cabeza hasta los pies hasta quedar bien impregnada; después, con el sobrante, roció una circunferencia, un pequeño círculo a su alrededor. Todavía antes de encender el cerillo los alcanzó a ver entrando trabajosamente por la rendija de la puerta... pero ella había sido más lista y les había ganado la partida. No les quedaría para consumir su venganza sino un montón de cenizas humeantes.¹⁴

En el caso de la protagonista del cuento de Cruz, la madre se siente incapaz de encariñarse del bebé, y un día, mientras está sola, descubre que el niño tiene fiebre. Asustada y sin saber qué hacer, decide finalmente entregarse a lo que dicta la sociedad: ser una madre, y *quemar* su antigua identidad como mujer:

Sintió pena por aquel cuerpo devastado por la fiebre, igual que el suyo. Para ella era tarde, pero el bebé todavía podía librarse de la carga. Entregarse al ardor en lugar de convertirse en una silueta marcada con ceniza. Sobrevivir al fuego no siempre era algo bueno, ahora se daba cuenta. Acercó una silla a la ventana y se sentó a esperar que cayera la noche.¹⁵

12 Atenea Cruz, *op. cit.*, p. 84.

13 Berenice Romano Hurtado, *op. cit.*

14 Amparo Dávila, *op. cit.*, p. 209.

15 Atenea Cruz, *op. cit.*, p. 87.

Así, ambas madres sucumben por el fuego, ellas mismas se vuelven seres grotescos y demuestran cómo el proceso del embarazo y la maternidad debe ser una elección y no una imposición.

III. Conclusiones: Escritoras de lo inquietante

En el texto se reflexionó sobre el concepto del neogótico latinoamericano a partir de un primer acercamiento. Si bien hay dificultades para definir si se trata de un género o subgénero, es preferible tratarlo desde la hibridez, pues no hay una forma definida y las escritoras latinoamericanas usan todos los elementos posibles para manifestar sus denuncias en la escritura.

Hacer una lectura de la maternidad desde el neogótico latinoamericano permite evidenciar cómo la sociedad ha encasillado a la mujer en el papel de progenitora, y las consecuencias de ejercerla por presión social y no por deseo, además de la deconstrucción de la figura de la madre, ya no como un ser perfecto, hermoso y lleno de amor, sino como un humano silenciado, que sufre y que puede llegar a la locura.

Un estudio comparativo de ambos cuentos permite conocer la maternidad como un tema que las escritoras han cuestionado desde tiempos remotos, aunque con estrategias narrativas diferentes. Por otro lado, también se evidencia cómo la influencia daviliana sigue presente en las escritoras mexicanas actuales. Considerada como una escritora del cuento fantástico, en realidad Dávila nos enseña lo inquietante de lo cotidiano, ya que nunca sabemos qué puede pasarnos en nuestro propio hogar.

Si continuáramos hablando de madres inquietantes, en la literatura mexicana son muchas las escritoras que han reflexionado en torno a lo perverso en los personajes femeninos y su circunstancia. Tenemos a Guadalupe Dueñas, Inés Arredondo, Adela Fernández y ahora Atenea Cruz.

Por último, quedan muchas interrogantes sobre el neogótico latinoamericano y la relación entre las obras de las dos escritoras estudiadas, pues durante el análisis también se encontraron paralelismos con otros cuentos como “La señorita Julia”, “Las yeguas nocturnas”, “Fragmentos de un diario” y “El intercambio”, donde el diario es un recurso para narrar una historia.